

CUBA: identidad y participación política

Por JORGE FELIPE GONZÁLEZ

No había transcurrido aún un quinquenio del inicio de la República, en 1902, cuando de manera bochornosa para los cubanos, se le entregaba el gobierno de la Isla al interventor norteamericano William H. Taft. Aunque mediados por más de un siglo de distancia, la historiografía todavía culpa de este hecho a un individuo, Don Tomás Estrada Palma, o también a una estructura política: el bipartidismo caudillesco de los liberales y conservadores, incluso a los propios mecanismos de dominación norteamericano. Pero cuando ocurría esto, muchos confirmarían aquella tesis, nunca empolvada, a pesar de su antigüedad, de que los cubanos eran sujetos ineptos para el autogobierno. Poco después llamarían los intelectuales del patio a fomentar entre sus compatriotas una cualidad nacional que definirían como la “virtud doméstica”. Versión esta del republicanismo clásico que formulaba de manera explícita que sin ciudadanos virtuosos no puede existir una república funcional. Esta especie de axiología política hunde sus raíces en las más remotas teorías políticas occidentales y para ello existirían textos como el de Rafael Montoro, *Manual de Moral y Cívica*, cuya finalidad evidente era inculcar en los ciudadanos valores políticos.

Los diversos mecanismos para formar ciudadanos virtuosos incluían la educación, la legislación, los discursos políticos y culturales e incluso políticas culturales de diverso tipo que tendrían uno de sus momentos de esplendor, en la primera República, cuando un grupo de intelectuales, autodenominados de vanguardia, asumirían la tarea de educar al “Pueblo”; considerando que esta era la base para una participación real en la democracia. El enfrentamiento reconfigurador no era contra determinadas instituciones, ni siquiera, en la mayor parte de los casos, contra una estructura económica dada. En la búsqueda de las causas más profundas se llegó a algo que, de manera vaga, muchos intelectuales denominaron como el “carácter del cubano”. Se acordó que el primer punto a reformar para lograr una república estable y próspera eran sus ciudadanos, los cuales compartían una especie de identidad patológica que entorpecía cualquier intento de mejorar al país. Las cualidades que supuestamente compartían todos los habitantes de la Isla recorrían todo un prisma de adjetivos que, a pesar de su diversidad, tributaban a un lugar común: las pasiones sin rienda. Los cubanos “son” pasionales en tanto son indolentes, choteadores, impuntuales, risueños, sensuales y sexuales, despreo-

cupados, etc. Basta con sólo mirar revistas actuales diseñadas para el turismo como *Sol y Son*, la publicidad del ron Havana Club, cualquier video clip de *reguetton* o simplemente prestar oídos a los comentarios de los pasajeros al entrar a un ómnibus urbano en horas picos. Eso que se “vende” como “lo cubano”, que incluso es aceptado tácitamente como un valor positivo de nuestra identidad, no constituye, ni ha constituido en lo absoluto un valor laudable para aquellas normas occidentales que durante siglos han prescrito lo que debe ser un ciudadano, debido a que en la lógica occidental, en el *background* cultural de la teoría política clásica el valor máspreciado es la racionalidad.

Lo interesante del caso es que la Identidad, ese producto que la Modernidad consideraba resultado de un crecimiento orgánico e histórico, acumulativo y de constantes mixturas, resulta ser en el caso insular la antítesis de la política republicana occidental. Apoyado en esto se han justificado y legitimado en la Isla fenómenos como las dictaduras, las vanguardias inspiradas que pretenden superar estados espirituales negativos, la colonización, la esclavitud, el racismo y las revoluciones. Ante esta tensión entre la identidad y la política, surgen cuestionamientos inevitables cuyas respuestas podrían, al menos, superar estas realidades culturales dicotómicas y desarmar todas aquellas actitudes que se han introducido como salvadoras soluciones y que a la larga no han sido más que mecanismos disciplinarios. Podría ser, y esta es la tesis que mueve este ensayo, que la relación entre el poder político y cultural, en sus diversas manifestaciones históricas, han diseñado un sujeto insular sobre el cual han ejercido, posteriormente, mecanismos de control. Se podría afirmar que el poder para actuar necesita de sujetos con necesidades de control, de disciplina, de educación, de reformas. Si no qué sentido tendrían las vanguardias cuando no existen elegidos que miran desde arriba, a aquellos que no pueden ver la luz. En qué se sustentarían las dictaduras, si no es en la necesidad del ejercicio intensivo del poder sobre un cuerpo social degenerado o incapaz de decidir por sí mismo. En definitiva qué relación ha guardado la identidad, como resultado de negociaciones constantes en diversos periodos, con los diversos tipos de poderes sociopolíticos.

El poder crea discursos de verdad para implementar sus mecanismos de control, mecanismos disciplinarios.

Estos discursos están dirigidos a los sujetos sobre los cuales se supone ha de ejercerse este poder. A su vez, los sujetos no son preexistentes a estos discursos, sino que estos tratan de modelarlos, configurarlos, y para ello inventan una concepción del hombre, de la naturaleza humana. Esta se socializa mediante diversas instituciones o estructuras sociales y de esta manera se le crea al individuo una existencia atravesada por una serie de normativas, prescripciones, interdicciones, etc. Se forma así la imagen de un individuo sobre el cual ha de ejercerse el poder debido a las propias características en que se han creado estos sujetos. Es decir, primeramente se crea una verdad sobre el sujeto y posteriormente se aplica sobre esta verdad creada mecanismos que la regulen.

La manera de resistencia del sujeto al control político, en todas sus variantes micro, se estructura a su vez desde esta imagen diseñada, ya sea negándola, apropiándose de ella o, a veces de manera creativa, generando discursos que responden a otra arquitectura social contracultural. El diseño del sujeto sobre el que ha de ejercerse el poder se sustenta en principio en discursos “verdaderos” para después generar discursos de controles y prescripciones.

Desde esta perspectiva teórica se podría llegar a un acercamiento más dinámico de la relación complejísima que se establece entre aquellos que son portadores de esta identidad y los que discursan sobre ella de manera crítica y por tanto establecen normativas para reformarla o, ante la imposibilidad de esto último; derivar conclusiones como la necesidad de un padre o tutor ya sea externo, como los Estados Unidos, o interno como un dictador al estilo de Gerardo Machado. Un punto de partida obvio es que ante un cuerpo social que se asume “enfermo”, que no comparte los valores cívicos imprescindibles para mantener funcionando de manera estable a la *polis*, se deriva una república degenerada, tendiente a la anarquía o a la dictadura.

Asumimos con total complacencia que los cubanos, por no extender la idea esta al mundo latino, somos por ejemplo más sensuales que la media mundial. Que tenemos un vigor que se traduce en unos amantes más técnicos, más placenteros y en definitiva mejores preparados para las labores del amor carnal. Se asume con orgullo ser parte de eso que los medios enfocados a los placeres definen como el *latin lover*. Difundimos esta imagen, la potencian nuestros medios y los videos clips, la literatura, la plástica, los chistes populares reproducen y reafirman esta imagen cultural. Los europeos buscan eso en nuestros predios, las ferias artesanales les ofrecen adornos de negras con traseros inmensos y un enorme tabaco en la boca. De esta manera los cubanos tienen en su sangre el calor del trópico, sus cuerpos son de tan fácil acceso y tan deliciosos, en su textura y su esencia, como cualquier fruta jugosa y aromática de

nuestra tierra. La sensualidad, las pasiones desbordadas son parte de ese estereotipo del que participamos y por el cual nos juzgan.

El punto conflictivo es el siguiente: Cuba forma parte, indudablemente, de la tradición política occidental. Sus aspiraciones, sus estructuras, su “deber ser”, coinciden en política con las antiquísimas tradiciones europeas. Cuando Platón en su *República* colocaba al filósofo en la pirámide socio-política argüía que este poseía un valor que no es el del común de los mortales. Éste era el hombre racional, aquel que en mejor medida había logrado dejar a un lado sus pasiones, sus instintos más naturales y había encontrado en la luz del conocimiento la Verdad, una Verdad política, pero que para ser alcanzada se necesitaba de un ejercicio de introspección y economía de las pasiones. En términos metafóricos, primaba en estos estadistas naturales la parte racional y no la carnal. El contacto con el mundo de las Ideas suponía sujetos libres de ataduras mundanas, primando en ellos lo racional y no lo carnal. Lo primero es el tropo de lo elevado, el caballo del auriga que trata de volar al cielo, lo segundo es el otro equino que de manera instintiva tiende hacia el lodo. Para los griegos estaba claro que mientras menos pasiones, mejor funcionamiento del cuerpo político y social.

Tanto Aristóteles, los estoicos, la tradición cristiana agustiniana y su división entre la ciudad de Dios y la de los hombres, la escolástica en su sentido más amplio y deudora del estagirita, coincidían en que es en la razón o en el alma donde se encuentra la Verdad y por tanto el camino más adecuado para lograr una efectiva funcionalidad del Estado. Esto explica en la Modernidad la necesidad de constituciones pues los caprichos que emanan del monarca, como ser humano, como ser caído, debían tener riendas, por ello los fríos códigos que debían normar la vida de los ciudadanos eran el mejor instrumento para controlar las pasiones de todos. El estado de guerra de John Locke, antes de la creación del Estado, es donde las pasiones andan sueltas a su libre antojo, el contrato es delegar el actuar libre y pernicioso en la racionalidad instrumental que presupone el Estado. El estadio racional al que aspiraban los positivistas se lograría por la paulatina superación de los instintos más bajos, entendiéndose pasionales y no racionales de los individuos. Los regímenes totalitarios, aunque apelaran a resortes emotivos, constituían la instrumentalización más clara de ciudadanos racionalmente organizados en función de una idea.

Este es el sustrato político occidental: lo racional debe primar sobre lo pasional. Lo pasional es lo sexual, la carne es la metáfora de lo caído, de lo caprichoso, de lo que debe ser educado para que los individuos logren los fines propuestos. Cuando se dice que el cubano es fundamentalmente sensual y pasional, se afirma sin decirse que no encaja en la lógica de la racionalidad, y

se asevera más, queda implícito que no encajamos en los conceptos occidentales de ciudadano. Cuando repetimos que el cubano es particularmente relajado en sus costumbres, que no toma las cosas muy en serio, que es divertido, afirmamos desde esta lógica antes expuesta, que nos hacen falta tutores que nos guíen pues somos vagos, poco rigurosos, indolentes ante la cosa pública, etc. La realidad de esto no es tan importante, como quizás entender esta asumida identidad como un juego de negociaciones entre el poder y los diversos mecanismos de resistencia

Desentrañar las raíces históricas de esa aparentemente sólida cualidad “ingénita” de lo cubano que lo presenta como sensual, hedonista, sexual, etc. y estudiar cómo esto se relaciona con el diseño del ciudadano es una necesidad imprescindible para dejar de aceptar como indubitable y genético, aquello que sólo es cultural y que sus raíces se relacionan probablemente más con mecanismos de control y discursos y prácticas culturales sutiles. Se podría así abrir espacios para reanimar la relación estrecha que debe existir entre los ciudadanos, la política y los valores que median entre ambos conceptos.

Tomemos para comenzar un primer ejemplo: el proceso de conquista y colonización, ese momento en que Europa llega al Nuevo Mundo y configura a sus habitantes con finalidades coloniales.

Las páginas del diario de Colón muestran el deleite de un sujeto frente a lo novedoso, un mundo con una vegetación colorida y rica que anunciaba la posibilidad de haber llegado a lo más cercano del Edén perdido, según esas descripciones medievales tantas veces repetidas; a esa Asia de fantasías que Marco Polo hiperbolizara en las páginas de sus viajes que habían devenido una especie de *bestseller* en la Europa renacentista. El mundo del sur, donde el clima es benigno, la naturaleza se ofrece dadivosamente al hombre, donde sólo con levantar una mano se alcanza una fruta de intenso aroma y jugoso sabor. Un mundo donde se puede vivir en estado natural.

La idea de esos mundos de ensueños habían enfebrecido la mente de varios pensadores europeos desde antes de la conquista. Lugares donde las miserias mundanas no eran visibles, donde la civilización no había hollado a las almas. En lugares como estos “... la gente es muy mansa y muy temerosa desnuda como dicho tengo/ sin armas y sin ley/ Estas tierras son muy fértiles...” Estas palabras de Colón son parte de esa configuración del aborígen insular que tiene su antípoda en la civilización europea. Fueron yuxtapuestos en la realidad americana los preceptos sobre una humanidad aún no marcada por los conflictos humanos. No tienen armas, ni leyes, ni ropas; tres atributos que aluden a esas convenciones humanas de la civilización que tienen el estigma primigenio de la naturaleza caída del ser

humano. Las armas son la metáfora de la violencia, de ese recurso indeseado pero imprescindible para sostener una sociedad que ha de luchar para su supervivencia. Las leyes sólo deben existir allí donde la armonía no se logra voluntaria, espontánea y naturalmente. Estos hombres al no tener leyes, parecen vivir en un estado de paz. Finalmente, andar desnudos muestra una sociedad donde la carne no es aún fuente de vergüenzas. En otras palabras, cualquiera de estas imágenes están moldeadas a través de los conceptos del hombre natural, de un ser más cercano al perdido estado de gracia, de unos habitantes del Edén imaginado.

Teológicamente era inadmisibles la existencia “real” de seres humanos “no caídos”, por lo cual el indio será visto como un niño ingenuo, que debe ser educado. Los aborígenes rodeaban y agasajaban a los conquistadores, según Colón en su diario, con lo cual decía de la naturaleza pacífica de estos pueblos y la superioridad de los recién llegados. Eran estos, por tanto, los que debían asumir la función pedagógica de iluminar la verdad en los pueblos recién conquistados y disciplinarlos en la dinámica de las sociedades cristianas:

“Son gente -dice el almirante- muy sin mal ni de guerra: desnudos todos hombres y mugeres como sus madres los pario/. Verdad es que las mugeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura y no mas. Y son ellas de muy buen acatamiento ni muy negras salvo menos que canarias/. Tengo por dicho serenísimos príncipes (dice aquí el almirante) que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas que luego todos se tornarían cristianos/ y así espero en nuestro señor que vuestras altezas se determinaran a ello con mucha diligencia para tornar a la iglesia tan grandes pueblos y los convertirán: asi como han destruido aquellos que no quisieron confesar el padre y el hijo y el espíritu santo: y después de sus días (que todos somos mortales) dejaran sus reinos en muy tranquilo estado: y limpios de heregia y maldad...”

En este fragmento hay elementos que deben ser destacados en tanto redundan en la idea de ciertas características de los aborígenes que ameritan el privilegio de ser llevados al camino de la verdad. Nuevamente son gentes muy sin mal, ni de guerra y desnudos todos, que muestran sus carnes sin embozo por el hecho de no ser conscientes del “mal”. Esto los hace niños ante los ojos de los blancos recién llegados. Este isomorfismo entre la relación catequizador-niño y conquistador-aborígen, es el basamento legitimador de la futura encomienda. De todos los argumentos que acompañan esta relación de ideas me interesa concentrarme en el poder disciplinario sobre las pasiones y ver cómo este funge también de pilar de las políticas colonizadoras respecto a los aborígenes, para luego determinar las diversas apropiaciones que sufrieron estos discursos en el diseño de un sujeto nacional. El hecho de que los aborígenes

fuesen vistos como infantes necesitados de ser “educados” implica necesariamente una enseñanza de todas las doctrinas de la fe cristiana. Mientras más se afirme que los aborígenes no logran ser disciplinados, más se necesita reforzar los medios creados para este fin. Esto alcanzará sus manifestaciones más puntuales cuando se incremente la explotación de los lavaderos de oro y más adelante, cuando se comience a poner en crisis real la institución de la encomienda.

La encomienda, como sistema complejo de utilización de la mano de obra aborígen la inició Cristóbal Colón desde 1499, unida a la entrega de mercedes de tierras. No sería hasta 1503 que tal sistema sería plenamente legalizado por la Corona española mediante la Real Cédula que la reina católica le enviase al gobernador de La Española Nicolás de Ovando. En esta es de destacar el siguiente fragmento:

“...soy ynformada que a causa de la mucha libertad que los dichos yndios tienen huyen e se partan (sic) de la conversación e comunicación de los xpianos por manera que aun queriendoles pagar sus jornales non quieren trabajar e andan vagamundos nin menos los puede aver para los dotrinar e atraer a que se conviertan e nuestra santa fe católica.”

Los aborígenes, a diferencia con posterioridad de los negros esclavos, son libres en el sentido de que son considerados vasallos de Su Majestad. Sin embargo, debido al “mal uso” que hacen de esta libertad deben ser entregados a unos “tutores” que han de transmitirles las buenas costumbres y el hábito del trabajo. La “vagancia” de los aborígenes es un elemento a destacar en tanto entraña la razón fundamental de un poder coercitivo unido a un poder pedagógico. Los aborígenes de Fray Bartolomé de las Casas son ese “buen salvaje” que después Rousseau resaltara con la finalidad de demostrar el estado de pureza de lo natural y lo esencialmente corrompido de eso que se ha dado en llamar civilización. Esta apreciación de las condiciones naturales de las tierras del Sur como benignas para la vida tenía en potencia otro análisis. El esfuerzo para el trabajo, la necesidad mental de implementar técnicas de supervivencia, la supuesta vagancia de los aborígenes ante los lavaderos de oro, son resultado también de una naturaleza “paternalista”, demasiado “sobrepotectora”, poco estimulante al esfuerzo social. En Europa el clima es hostil, se necesita de mucha energía, ingenio, esfuerzo, capacidad para sobrevivir. Los pilares de la civilización europea fueron levantados en tierras donde la nieve, el frío, las sequías, las hambrunas y las epidemias hacían resistencia al esfuerzo humano. Tal situación, se dice, creó en estas naciones capacidades especiales para vivir: inteligencia, creatividad, tesón, mejor organización... Esta segunda interpretación que después asumiría Montesquieu, esbozada en el pensamiento clásico y que tomaría caracteres científicos en el siglo XIX, es la

base de una de las problematizaciones fundamentales sobre la identidad nacional y, por así decirlo, la piedra angular para la construcción de un Ser cubano.

Una de las tantas acusaciones dirigidas a los aborígenes en función de su capacidad productiva sería la de la vagancia. Según estos primeros cronistas, se planteaba que los pueblos recién descubiertos carecían de hábitos laborales. La explicación que se arguyó era, no sólo su “atraso” cultural, sino, y fundamentalmente, un medio geográfico que de manera natural producía sujetos de débil carácter. La fertilidad de las tierras, donde todo se ofrece al hombre de manera espontánea, parecía provocar en sus habitantes un acomodamiento poco saludable para el espíritu. Donde la lucha con el medio se homóloga a la que se establece con uno mismo trae como resultante, en climas fáciles para la vida como los del trópico, que los hombres sean débiles de carácter. Enfrentarse a las adversidades de la naturaleza es combatir la dejadez natural del hombre. Sólo en condiciones hostiles, concluye esta lógica, se forman hombres verdaderos. Por ello a ambientes favorables, vida acomodaticia. Por esto la función de la encomienda-cristianización debía infundir en el alma de los primitivos habitantes, un actuar contra el que atenta la comodidad del medio. La naturaleza comporta, de esta manera, una lectura en códigos de ética humana.

El español recreó una imagen donde los aborígenes se representaban como prácticamente inútiles para participar de la cultura occidental. Eran indolentes, débiles, vagos, atrasados. Estas imágenes se repetirían ante los ataques que *The Manufactures* de Filadelfia dirigiría a finales del siglo XIX, en este caso contra los cubanos y que Martí respondería en *Vindicación de Cuba*. La justificación de la esclavitud de los negros pasaba por matices similares: la promiscuidad de sus costumbres y sus bailes exóticos, que incitaban al libre movimiento de las carnes, mostraban ante los ojos de los esclavistas sus características “bárbaras”. La época dorada de la esclavitud en Cuba, finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, coincide en términos intelectuales con la generación ilustrada, liberal y reformista blanca. Para la Ilustración está clara la diferencia que media entre la civilización y la barbarie, primando esto último donde las pasiones fluyen de manera libre. Las leyes, la moral, las diversas proscripciones de la conducta, son signos de civilidad y civilización y los negros esclavos no compartían esto. Eran, sin embargo, buenos bailarines, sus músicas, como aparece en gran parte de la novelística del siglo XIX, incitaban incluso a los muchachos blancos de buena posición. La sensualidad de los movimientos ejercía un poder magnético ante una sociedad que, para funcionar favorablemente, necesitaba de controles disciplinarios efectivos. De allí que la misma acusación que dirigían las élites criollas blancas a los negros en cuanto a sus costumbres incontinentes se le dirigiría

desde afuera de la Isla, por parte de la Metrópoli, a los habitantes en su conjunto.

Cuando Cuba fue alcanzando una mayor fisonomía como algo “diferente” a España, comenzó a ser caracterizada y entre sus rasgos estaba la pasionalidad de sus gentes. Por supuesto habitantes así, eran ante todo impíos y poco temerosos del poder de Dios. Así lo narraban los viajeros que venían a la Isla. Los entonces “turistas” venían al trópico con la misma imagen con que llegarían más de un siglo después. Esperaban encontrar el Sur que en la lógica ilustrada degeneraba a los seres humanos, pues todo era allí más fácil, pero a su vez lo volvía más “naturales”, es decir “más cercano a lo que se supone que son en esencia las personas”.

En cuanto a esta incontinencia de los criollos, un soneto popular cuando la toma de la Habana por los ingleses cantaba que:

Las muchachas de la Habana
No tienen temor de Dios
Y se van con los ingleses
En los bocoyes de arroz.

Esa imagen que pervive de la facilidad con que se ofrecen lo habitantes de la Isla, se remonta a algo que pudiera definirse como la tropicalidad de las pasiones. El intercambio carnal entre cubanas e ingleses en sí no ofrece nada interesante salvo las lecturas intencionadas que se ofrecían, el no temor a Dios, es también el no respeto a las convenciones, la incontinencia en el actuar, reforzado en su negatividad cuando se trata de ocupantes extranjeros. De esta manera la intelectualidad ilustrada y liberal decimonónica estaba enfrentada ante la realidad de una imagen cultural de lo criollo o cubano que asumían como real y que hacia “corto circuito” con la aspiración de ciudadanos adecuados.

La decepción de José Antonio Saco, Félix Varela o José de la Luz y Caballero ante sus compatriotas son perceptibles con facilidad en sus escritos. Todos, a su manera, a la vez que reproducían una imagen de los habitantes de la Isla que estaba configurada desde antes de la propia colonización (pues sobre lo que generan los trópicos ya existían imágenes preconcebidas desde la antigüedad), trataban de operar sobre ella. El mérito que más se les acuña a todos estos destacados pensadores es precisamente que dedicaron parte de su labor a forjar en la mente de los cubanos el amor a lo propios. ¿Sólo esto, o había más? Trataron de educar también a sus compatriotas, pues partían del principio de que la materia prima con la que contaban estaba marcada desde el comienzo por características, la llamada identidad, que no favorecían su labor político-pedagógica.

Así, los cubanos eran vagos, impíos, desinteresados por la política, poco cívicos, egoístas, sin seriedad, etc. Eran estos pensadores los que asumían el privilegiado fardo de educar, eran, a su manera, la vanguardia de sus compatriotas y, en definitiva, los que influían

en el diseño de políticas coloniales para mejorar las costumbres de los cubanos. Eran también, por tanto, el apoyo indirecto de la Metrópoli. Pues esta advirtió durante el siglo XIX que sin España, Cuba se volvería un Haití, que los negros tenían pasiones incontrolables que desbocadas conducirían a la eliminación física de los blancos. A fines del XIX, y ya sin la esclavitud, los voceros de la Metrópoli advertirían que en definitiva, sin España, no habría estabilidad en la Isla, pues los cubanos estaban demasiado contaminados con el atraso que suponía la esclavitud y con mezclas raciales poco saludables que conducirían a la anarquía.

La primera guerra de independencia puso por un tiempo en tela de juicio la capacidad de los cubanos para el autogobierno. Esparta, la ciudad castrense, llegaba con la guerra de los Diez Años, lo cual entraba en contradicción con la imagen del cubano poco cívico. La República en Armas se sustentaba en esa otra imagen de lo cubano que la historiografía trata de resaltar para dialogar con la imagen patológica de la identidad. La tradición del cubano estoico, que lucha, que se sacrifica por un ideal, altruista con abnegación y serio en su actuar es el capital simbólico al que acude el nacionalismo. Es el ejemplo que se ofrece en las aulas desde la primera República hasta la actualidad. Es el “deber ser” occidental. En la guerra los cubanos pusieron a prueba su capacidad republicana, demostraron ser capaces de defender con tenacidad una idea. Estas imágenes bélicas tan amplias como vagas en su realidad histórica, constituyen el arsenal formador de ciudadanos disciplinados del siglo XX.

Los primeros textos de Historia de la República, cargados de romanticismo, la apelación a la tradición independentista de los cubanos por parte de la generación del 20 y que llega al discurso más nacionalista tras la revolución del 30, el nexo de continuidad que explicitó (pero no creó) Fidel Castro entre la guerra Grande y la continuidad atravesando todos los momentos más convulsos y estoicos de nuestra Historia, son la fuente inagotable del ciudadano que se desea para la Nación. Resistir, como en Esparta, es palabra de orden en la Revolución iniciada en el 59, y ha de ser el ciudadano lo más estoico posible. En una ciudad en guerra, ha de primar la seriedad, no el choteo. Las contiendas son releídas desde estas perspectiva por parte de la historiografía oficial y por el poder interesado en la disciplina social.

Pero la guerra fracasó y muchos interesados en posiciones evolucionistas desempolvaban las supuestas debilidades de los cubanos. Aún no era la hora, debía esperarse para sanar de todas las horribles secuelas que dejaba la esclavitud, la colonización, el despotismo, el clima, etc. Mientras tanto, fuera de Cuba la prédica martiana reconocía que los pueblos latinos efectivamente eran pasionales, que eran, comparados con los

Estados Unidos, el corazón, donde vibran las fibras del alma. La racionalidad es para la política lo más efectivo como lo afectivo y humano, aquello que emana del corazón, son para las relaciones interpersonales lo más deseable. Es en el corazón, en su palpitante, donde radican las metáforas de las pasiones. Así que, aunque se trataba de solucionar un problema, en plena época del positivismo más rampante, esta imagen no hacía más que reforzar la posición inferior que tenían los pueblos latinos y tropicales e relación con los europeos.

Es a fines del siglo XIX cuando se aportaron y reforzaron en algunos casos las tesis más interesantes sobre la gente de los trópicos y, por tanto, de Cuba. Con base científicista se buscaron las raíces, de la inferioridad de determinados pueblos en la etnicidad o la geografía. La antropología aportó los ejemplos más notables de lo que puede hacer la ciencia en función del colonialismo. El evolucionismo social de perfiles darwinianos estableció fisonomías de los pueblos. Las mezclas raciales en la Isla con seres de inferior condición biológica (los negros) unidas a un clima poco ventajoso para el desarrollo del ingenio y las condiciones políticas desfavorables inhabilitaban al cubano para un gobierno adecuado y participativo según los cánones occidentales. De allí que el autonomismo llamara tanto a la formación de ciudadanos cívicos para a largo lazo ir ganando en personalidad propia en términos políticos. La creencia en que sólo la autonomía o la asimilación podían mantener a Cuba en el concierto de las naciones civilizadas supone ciudadanos incapaces de sostenerse por cuenta propia.

La guerra del 95 era, visto así, también una apuesta entre un grupo de individuos escépticos con respecto a las cualidades de los cubanos y otros que consideraban que ya era el tiempo de la independencia. A su manera cada grupo buscaba su protagonismo en el poder. Lo interesante es que una parte de los políticos e intelectuales que llamaban a la virtud doméstica serían aquellos que habían participado activamente en la guerra. El primer fracaso republicano se produjo cuando el poder estaba copado por los generales y doctores de la guerra de independencia o el autonomismo. ¿Cómo explicar esto? Nada más fácil que recurrir a la misma fórmula a que habían acudido los anexionistas durante la ocupación militar norteamericana e incluso los sectores de la Unión interesados en la anexión. Decir que el carácter del cubano era el factor principal, era trasladar la ambición de poder, los conflictos internos, las conflictivas redes político-clientelares formadas desde la propia guerra, desde el centro a la periferia.

Ahora la culpa recaía en todo un pueblo infectado por características negativas. Cuando se llamaba a la virtud doméstica, se llamaba a la templanza, al orden, a la racionalidad, todos estos valores que se decían escaseaban en “lo cubano”. Aparecieron importantes ar-

tículos que desde diversos presupuestos buscaban las posibles causas de la enfermedad social de la cubanidad y se repetían las mismas tesis de siempre del clima, la colonización hispana, las razas, etc. Lo que faltaba entonces eran políticas eficaces que educaran a todo un pueblo que necesitaba disciplina. Prohibir las peleas de gallos, las comparsas, determinados bailes o canciones, eran maneras en que esto se implementaba. Las élites hacían como siempre gala de su templanza, mientras en los subalternos se concentraba lo que desde afuera se le achacaba a los cubanos. Para estos mover sus cuerpos al ritmo de musicalidades intensas era por tanto un acto de irreverencia y rebeldía por lo que el problema seguía irresoluto.

En la década del 20´ decenas de intelectuales asumieron el papel de “vanguardia” y desde la Falange de Acción Cubana, el Grupo Minorista, la Junta de Renovación Cívica, etc, promovieron programas en los cuales en lugar destacado lo ocupaba el diseño del ciudadano. Era el momento de acabar con la “política cómica” e iniciar una política de “mayor seriedad”. La educación jugaría un papel determinante en esto; tenemos por ejemplo a la Universidad Popular José Martí. Las élites actuaban sobre sujetos que había que inculcarles las virtudes cívicas. Así lo asumiría también el ABC.

Cuando Gerardo Machado llega al poder contaba con el apoyo casi unánime de la Nación. Después de una República de tantos fracasos, de Chambelonas, de Vacas Flacas y Gordas, llegaba la mano dura por la que se clamaba. Tras el gobierno relajado de Zayas, Machado vendría a imponer el orden y finalmente hacer funcionar a la República de manera “decente”. Alberto Lamar Schweyer, uno de los pocos intelectuales de renombre que acompañaron hasta el final al dictador escribió en *Biología de la Democracia*, las razones por las cuales los pueblos de América, están fatalmente condenados a gobiernos dictatoriales o al menos de “mano dura”. Muy poco de novedad hay en sus páginas.

Acude el autor al viejo argumento de la ausencia de un ciudadano cívico y por tanto a la imposibilidad de la democracia y el republicanismo. Un argumento que ya Figueras, de otra manera, había expuesto en *Cuba y su evolución colonial*. Coincide esto con que las feministas cubanas y norteamericanas entraran en conflictos precisamente porque las primeras pedían su derecho al voto mientras las segundas, lideradas por Mrs. Chapman Catt anunciaban a viva voz que las mujeres latinas aún no estaban capacitadas para ejercer el voto; su inferioridad se lo impedía.

La revolución del 30 volvió a la tesis de que el cubano podía alegar a la tradición espartana de los mambises, a las Repúblicas en Armas, al sacrificio de los mártires si de participación política se trataba. Aun cuando los más conservadores veían en las ordalías de agosto del 33 la esencia de lo cubano, otros conservaban las esperanzas de que la identidad patológica hubiera quedado atrás.

Para entonces comenzaba el desarrollo del turismo y con este las primeras imágenes de lo cubano.

Ciertamente tras la revolución del 30 se desarrolló en la Isla un nacionalismo desbordante, que se hace evidente en todas las manifestaciones culturales y políticas de la época. La pintura de las vanguardias comienza a difundir con orgullo la imagen de lo cubano como sensual, tradicional, rítmico. Se aceptó por la comunidad intelectual que esta no era una nación de blancos y sí mestiza. El nacionalismo incorporó en sus versiones intelectualizadas lo que durante siglos había sido visto como signo de atraso y barbarie. Pero ello no eliminó en lo absoluto que, por una parte, se aceptara de manera oficial una identidad epicúrea y, por otras, se exigiera un ciudadano virtuoso, es decir, estoico y abnegado.

Solo las versiones más liberales de la política podían aceptar una tensión de este tipo, en tanto en esta corriente de pensamiento el individualismo más estricto deja espacios de acción a los individuos sin la mayor preocupación por los políticos. Pero el hecho es que el liberalismo, si bien fue una aspiración occidental, era en esencia tan utópico como los socialismos más radicales. No existe tal sociedad donde el individuo abandona la arena pública, pues de ser así ¿cómo se garantizaría el pleno funcionamiento del mercado? Por tanto, el republicanismo con mayor o menor participación del Estado ha sido en definitiva la práctica más común en Occidente. De cierta manera la relación que se había establecido en la República entre identidad, el poder político y la participación, era en sí misma compleja. Los políticos apelaban a los recursos más populares, aquellos que demostraban los intelectuales que proponían un deber ser para la nación, como las comparsas, el choteo, la jocosidad, etc. Propugnaban al mismo tiempo por ciudadanos virtuosos para dar fe de su buena labor política, a su vez los ciudadanos relajados al tiempo que eran una legitimación del uso del poder les garantizaba que el poder funcionara sin mayores complicaciones, pues cuando la política es sólo un chiste, así se queda.

Quizás el momento cuando más se refuerza la imagen cultural de una Cuba como el paraíso de los placeres es en la década del 50. La Isla se encontraba bajo la dictadura de Fulgencio Batista al mismo tiempo que el turismo, con la inauguración de la era del consumismo, alcanzaba cifras notables. La Habana se convertía en un centro de placeres y se reprodujo, más que nunca, la idea de que Cuba era una tierra que podía ofrecer mulatas(os), tabaco y ron. Aunque Elías Entralgo dirigiese varias tesis en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de la Habana sobre el tema recurrente del carácter del cubano; parecía ser que en el funcionamiento real de la política había ocurrido un abandono de formar ciudadanos "virtuosos". Es frente a esta imagen, más de constructo que de realidad, o de realidad

leída bajo estos códigos culturales, que se levanta la generación que derrocaría al tirano.

El hecho es que Fidel Castro entró en enero de 1959 en una ciudad cosmopolita, que quería disfrutar de su "revolución con Pachanga". Pero era muy fuerte la imagen de esta ciudad "prostituida" para que no se iniciaran programas concretos con el objetivo de reeducarla. Este nuevo intento de diseñar al ciudadano, entraba nuevamente en contradicción con lo que se asumía que era la identidad.

Estoicismo en lugar de hedonismo, seriedad en vez de choteo, sacrificio y resistencia frente a placer. Censurar *PM* era quizás una de las maneras en que la Revolución explicitaba su deseo de conformar un "Hombre Nuevo". Éste era la vieja aspiración de las élites ilustradas criollas, de las vanguardias culturales del siglo XX, era, en definitiva, el ciudadano moderno. Ahora el proyecto estatal alcanza dimensiones desconocidas. El Congreso Nacional de Educación y Cultura, el Primer Congreso del Partido, la amplia gama de discursos políticos del líder del proceso Fidel Castro: todos proponen a un ciudadano, todos son mecanismos disciplinarios.

La autodenominada vanguardia revolucionaria, los filósofos de que hablara Platón, las vanguardias culturales por las que se clamó a comienzos del siglo XX, asumían la tarea, ahora de manera vertical, de crear un sujeto que, en definitivas se les escurría. La identidad fue "reeducada". El objetivo del poder para mantener ciudadanos disciplinados en la lógica del ciudadano occidental exigía sacrificios. Exigía control de los cuerpos, economización de las energías individuales, reubicación del objeto del deseo...Nuevamente la identidad cubana de la Habana de los 50 se vende en cualquier publicidad de cualquier guía turística de Cuba. Ahora, increíblemente, se ofrece al extranjero, la misma imagen de la Habana, más deteriorada luego de medio siglo y con los mismos autos circulando por sus calles, que aquella ciudad que invadieron los barbudos antes de la década del 60. Surgen de nuevo las voces que claman por un reeducamiento de las costumbres, de un mayor espíritu de ahorro, previsión, continencia, espíritu de trabajo, etc. Se oyen en los ómnibus las voces populares que afirman que el cubano no avanza por "ser como es". Tal parece que hasta que no se logre una armonía entre lo que el cubano asume que es, la realidad normativa-política a la que se enfrenta y sus aspiraciones de deber ser nacional, no encontrará armonía el cuerpo y el alma de la nación.